



Análisis 21 / 2022

4 Noviembre 2022

## **La Estrategia de Seguridad Nacional 2022 de Estados Unidos**

### **El fin de la era mesiánica**

**Pedro Francisco Ramos Josa**

La nueva estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos confirma la tendencia iniciada por la Administración Obama tras el fiasco de la ocupación de Irak desde 2003, a saber: el abandono de la política exterior “mesiánica” que había sido la clave en su papel como potencia revisionista desde que irrumpiera con fuerza en la escena internacional en el transcurso de la I Guerra Mundial.

En el actual entorno internacional dominado por la competición estratégica entre grandes potencias, Estados Unidos ha optado por rebajar su papel de instigador y baluarte de un orden internacional basado en los valores y principios democráticos y de libre mercado, es decir, un orden mundial sostenido por el respeto a las normas y la igualdad entre sus miembros; para convertirse en uno más de los principales competidores del incierto panorama internacional actual, caracterizado por la pugna global por los recursos naturales y el liderazgo tecnológico, ambas fuentes de desigualdad y conflicto.

Por tanto, para comprender mejor la última estrategia de seguridad estadounidense, en el presente análisis se hará un repaso del revisionismo estadounidense para así contextualizar la política exterior de la presente Administración Biden, y ofrecer así a continuación una interpretación de su base ideológica.

### **De la nación excepcional a la potencia comprometida: la victoria del internacionalismo**

No hay duda de que Estados Unidos es una nación diferente al Estado-nación clásico que conocemos en Europa. Como indica Seymour Martin Lipset (2000, p. 15) “Estados Unidos es excepcional por haber partido de un hecho revolucionario, por ser ‘la primera nueva nación’, la primera colonia -aparte de Islandia- que se independizó. Definió ideológicamente su razón de ser”.

En esencia, “la ideología de la nación (el Credo Norteamericano) puede describirse en cinco palabras: libertad, igualitarismo, individualismo, populismo y *laissez-faire*” (Ibíd., p. 33), en consecuencia, “ser norteamericano constituye un compromiso ideológico. No se trata del nacimiento. Quienes rechazan los valores norteamericanos dejan de ser norteamericanos” (Ibíd., p. 34).

En gran medida, durante el periodo revolucionario que condujo a la independencia del Imperio Británico, la identidad estadounidense se forjó en contraposición a la europea, aunque partiese de su mismo acerbo intelectual. El nuevo pueblo estadounidense quería ser algo distinto a los europeos, algo mucho mejor, un anhelo que en su dimensión política se tradujo en su régimen republicano y democrático y que en su política exterior tomó un cariz aislacionista.

El aislacionismo sirvió a los primeros estadounidenses para evitar la contaminación exterior, es decir, si su objetivo era implantar en América la democracia, y que ésta perdurara, debían alejarse lo más posible de los regímenes corruptos de Europa. De todos modos, como su objetivo también era expandir su democracia al resto de territorios que rodeaban a la nueva República, al aislacionismo se unió pronto el unilateralismo como principal estrategia de política exterior.

El aislacionismo unilateralista, consagrado en el Modelo de Tratados de John Adams, el discurso de despedida de George Washington y la Doctrina Monroe, se convirtió en la guía ideológica para las relaciones internacionales de Estados Unidos durante todo el siglo XIX. Si Estados Unidos era una nación diferente, también debía contar con una política exterior propia que salvaguardara su excepcionalismo.

Cuando a finales del siglo XIX el aislacionismo unilateralista parecía haber cumplido con todos sus objetivos, la irrupción de Theodore Roosevelt en la política estadounidense supuso un cuestionamiento profundo de los principios que hasta entonces habían guiado sus relaciones con el resto del mundo. En la práctica, la llegada a la Casa Blanca de T. Roosevelt implicó que por primera vez en la historia de Estados Unidos se ensayara el internacionalismo como principal estrategia de política exterior.

Como señala Kissinger (2000, p.28), “Roosevelt era un agudo analista del equilibrio del poder. Insistió en que se atribuyera un papel internacional a los Estados Unidos porque así lo exigía su interés nacional y porque, según él, un equilibrio global del poder era inconcebible sin la participación norteamericana”.

El internacionalismo supuso en realidad un tímido cuestionamiento al excepcionalismo. Estados Unidos había dejado de ser la única democracia moderna a medida que otros regímenes europeos se democratizaban y nacían nuevas repúblicas en América, es decir,

“Estados Unidos es menos excepcional conforme otras naciones se desarrollan y americanizan” (Ibíd., p. 418). Pero sobre todo, Estados Unidos se había convertido en una potencia mundial más, interesada en participar en los asuntos mundiales para no ver perjudicados sus intereses nacionales.

Theodore Roosevelt trató de hacer comprender a los estadounidenses la necesidad de comprometerse en la arena internacional, de competir con otras naciones, ya que su país había dejado de ser la débil y pequeña nueva nación en un rincón de Norteamérica para convertirse en un país de escala continental que había ascendido al primer lugar de la economía mundial.

Pero el pueblo estadounidense aún no estaba preparado para asumir los costes del compromiso internacional ni para renunciar por completo a los prejuicios de su excepcionalismo, y rechazó asumir por completo el internacionalismo de T. Roosevelt, eligiendo primero a un Republicano más tradicional como Howard Taft y después al Demócrata Woodrow Wilson, que basó su reelección con la promesa de no participar en la I Guerra Mundial.

### **Del compromiso al revisionismo: estrategias para cambiar un mundo**

Aunque el proyecto internacionalista de T. Roosevelt había fracasado, mostró una alternativa de política exterior que W. Wilson retomaría al sopesar las consecuencias que implicaba la aplicación de la moderna capacidad industrial al campo de batalla. La I Guerra Mundial, en la que finalmente Estados Unidos tomó parte del bando británico y francés, supuso un cambio de paradigma en los conflictos bélicos de tal magnitud que para el Presidente estadounidense requería de un cambio no menos traumático en el modo en que se desarrollaban las relaciones internacionales.

Retomando el novedoso internacionalismo de T. Roosevelt, W. Wilson lo combinó con el tradicional excepcionalismo estadounidense para transformar las relaciones internacionales a imagen y semejanza del sistema norteamericano, para crear, en sus palabras, “un mundo seguro para la democracia”<sup>1</sup>. En sus célebres 14 puntos y en su propuesta de Sociedad de Naciones, Wilson resumió su visión de un orden mundial basado en los principios y valores estadounidenses. Lo que en la práctica supuso que “Wilson transformó lo que había comenzado como una reafirmación de la neutralidad norteamericana en un conjunto de proposiciones que conformarían los fundamentos de una cruzada planetaria” (Kissinger 2000, p. 55).

Es decir, si hasta entonces el excepcionalismo había servido para justificar el aislacionismo unilateralista en Estados Unidos, con la Administración Wilson se añadió un segundo matiz, el internacionalista e intervencionista, tal y como se muestra en la siguiente imagen.

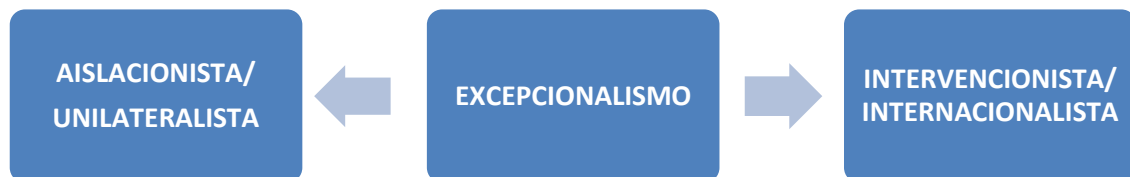


Imagen 1. Tendencias inspiradas por el excepcionalismo. Fuente: elaboración propia.

Pero una vez más la nación estadounidense no estaba lista para asumir los costes del liderazgo mundial ni para abandonar del todo su aislacionismo, y aunque el plan de Wilson apelaba directamente a su excepcionalismo, no hubo consenso final sobre la

<sup>1</sup> <http://historymatters.gmu.edu/d/4943/>

mejor forma de defenderlo, impidiendo así a Estados Unidos participar en la nueva organización internacional que tanto había ayudado a crear.

Lo felices años veinte y la década de 1930, marcada por la crisis desatada tras el crack bursátil de 1929, solo hicieron que aumentar el impulso aislacionista dentro de Estados Unidos. Pero el estallido de la II Guerra Mundial y el ataque japonés a Pearl Harbor enfrentaron de nuevo al pueblo estadounidense con la obligación de participar en los asuntos mundiales.

En esta ocasión, el camino elegido por Franklin Delano Roosevelt fue una mezcla del compromiso inicial de su primo T. Roosevelt y del internacionalismo democrático de W. Wilson, pero despojado de su cariz mesiánico. Más que querer cambiar el orden internacional, lo que se propuso F. D. Roosevelt, en concierto con el resto de potencias mundiales, fue crear un escenario mundial estable que tuviese en cuenta las diferencias de poder entre las naciones, reservando a cada una de las cinco potencias con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (ONU) el liderazgo en sus respectivas zonas de influencia.

El equilibrio duró bien poco a causa de la debilidad británica y francesa y del expansionismo soviético. Con F. D. Roosevelt recién fallecido, le tocó a la Administración de Harry S. Truman recomponer el fracaso del orden de posguerra basado en la ONU. Su respuesta, sin abandonar el proyecto multilateral de la ONU, implicaba probar una vía inexplorada aún por Estados Unidos. Con la creación en 1949 de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) Estados Unidos se unía por primera vez en su historia a una alianza defensiva a largo plazo, acabando así con uno de los tabúes del aislacionismo unilateralista.

La respuesta regional de la Administración Truman confirmaba que el proyecto mundial, ideado primero por W. Wilson y reformado después por F. D. Roosevelt, no encajaba totalmente con los intereses nacionales de Estados Unidos, pues su excepcionalismo democrático, enfrentado al sistema soviético, se convirtió en la base de la contención al comunismo durante el resto de la Guerra Fría.

Como se desprende de este rápido resumen de la política exterior estadounidense en la primera mitad del siglo XX, hasta el inicio de la pugna mundial con la Rusia soviética no existió en realidad un consenso en cómo conjugar el excepcionalismo estadounidense con la necesidad de participar en los asuntos mundiales. La contención logró la cuadratura del círculo al armonizar en una misma estrategia los principios y valores del credo estadounidense con la defensa de los intereses nacionales, es decir, partiendo del idealismo que reivindicaba el excepcionalismo estadounidense se actuaba con el realismo necesario para enfrentarse a la amenaza existencial que suponía la ideología comunista.

Convertido en el líder del bando Occidental, Estados Unidos no solo contuvo a la Unión Soviética, sino que tras cinco décadas de enfrentamiento bipolar, pudo asistir al fin de su rival. Con su victoria sobre su enemigo, la Administración de Bush padre se creyó capaz de regresar al plan original de F. D. Roosevelt. Pero como sucediera medio siglo antes, su Nuevo Orden Mundial basado en la cooperación internacional a través de la ONU no pasó la prueba de la realidad, quedándose de nuevo en una mera promesa. A partir de entonces, ningún líder estadounidense ha podido articular una estrategia exterior que aúne satisfactoriamente intereses y valores.

Así, dejando a un lado los temas de seguridad internacional, la Administración Clinton inició su mandato a lomos de la globalización económica, reflejo de su progresismo de tercera vía, que intentaba conjugar lo mejor de la libertad capitalista y del

intervencionismo estatista. Ayudado por el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, el crecimiento económico de la década de 1990 ayudó a crear la falsa sensación de que Estados Unidos podía manejar el mundo sin comprometerse ideológicamente. Pero pronto las crisis humanitarias que se desataron en los márgenes de la globalización hicieron rectificar el rumbo de Washington. Fueron los años de la nación indispensable de Madeleine Albright que culminaron en la Doctrina Clinton, por la que Estados Unidos intervendría siempre que se violaran los derechos humanos, y que tuvo en Kosovo su principal puesta en práctica, en claro detrimento de las relaciones con Rusia.

El enfoque humanitario resultó ser un mero espejismo, la respuesta particular de una Administración en concreto sin mayor recorrido, pues cuando Bush hijo llegó a la Casa Blanca su intención era deshacer el andamiaje del internacionalismo de Posguerra Fría para sustituirlo por un crudo unilateralismo de tiempos pasados. Pero los atentados del 11 de septiembre de 2001 lo cambiaron todo, como Pearl Harbor seis décadas atrás. Ante la dimensión de la amenaza, mezcla de desarrollo tecnológico y fanatismo terrorista que podía culminar en el hongo atómico descrito por Condoleezza Rice, la Administración de Bush hijo se envolvió de nuevo en el manto mesiánico al lanzar su doctrina preventiva junto a su plan para democratizar Oriente Medio.

Pero de nuevo el revisionismo estadounidense chocó con las inercias del sistema internacional y las limitaciones de su capacidad de acción. Ni sus aspiraciones por democratizar los regímenes musulmanes ni su apuesta por superar el régimen de Westfalia y su respeto a la soberanía Estatal se vieron coronadas por el éxito. En su lugar, lo que surgió fue un mundo más fragmentado y polarizado, donde las amenazas de todo tipo no hacían más que socavar la capacidad de los Estados para enfrentarse a ellas por sí solos, pese a su empeño por demostrar que aún podían controlar la situación.



Precisamente, fue a la Administración Obama a la que finalmente le tocó reconocer que no, que ni siquiera Estados Unidos tenía la capacidad de enfrentarse por sí mismo a la mayoría de las amenazas y desafíos que se cernían sobre el país y el mundo. Era el fin del mito de la nación indispensable, la renuncia a su política exterior basada en el revisionismo mesiánico, y un ataque frontal a su excepcionalismo.

Obama se atrevió a asegurar que “creo en el excepcionalismo americano, tanto como creo que los británicos creen en el excepcionalismo británico y lo griegos creen en el excepcionalismo griego (...) el hecho de que esté muy orgulloso de mi país y que piense que tenemos mucho que ofrecer al mundo no reduce mi interés en reconocer el valor y las maravillosas cualidades de otros países, o reconocer que no siempre vamos a tener la razón, o que otros pueblos puedan tener buenas ideas, o que en orden de actuar colectivamente todas las partes tendrán que ceder, y eso nos incluye a nosotros (...) porque no podemos resolver estos problemas en solitario”<sup>2</sup>.

En la práctica, la política exterior de la Administración Obama se limitó a revertir los efectos negativos de las crisis heredadas de su predecesor, en concreto, la recesión económica tras las turbulencias de 2008 y la salida de dos ocupaciones sin los resultados esperados en Irak y Afganistán. La renuncia de Obama al excepcionalismo también se tradujo en la búsqueda de consensos internacionales para encarar las amenazas que se cernían sobre los comunes globales, sin olvidar el giro hacia Asia como manifestación realista de la defensa del interés nacional ni el aumento de las convulsiones internas al calor de las guerras culturales y la lucha ideológica.

---

<sup>2</sup> <https://www.factcheck.org/2015/02/obama-and-american-exceptionalism/>

## **Del revisionismo a la competición: ¿un paso atrás?**

En realidad, acosado por la magnitud de los retos heredados de su predecesor, la política exterior de Obama, más allá de la cooperación internacional y el giro hacia Asia, careció de un concepto estratégico integral que diera sentido al conjunto de sus acciones.

Un vacío que su sucesor, el sorprendente Donald J. Trump, trataría de llenar con una fórmula que desde entonces sirve para caracterizar el actual entorno internacional, la competición estratégica entre grandes potencias.

Desde un punto de partida realista y nacionalista, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 (ESN17) aseguraba que la competencia entre “quienes valoran la dignidad humana y la libertad y aquellos que oprimen a las personas e imponen la uniformidad” (ESN17, p. 3) exige de Estados Unidos que “reconsidere las políticas de las pasadas dos décadas –políticas basadas en la premisa de que el compromiso con los rivales y su inclusión en las instituciones internacionales y el comercio global les convertiría en actores benignos y socios fiables” (ibíd.).

En esencia, para la Administración Trump, el retorno de la competición entre grandes potencias consistía en dos tendencias básicas:

- La primera, que “China y Rusia han comenzado a reafirmar su influencia regional y globalmente (...) para denegar el acceso estadounidense en tiempos de crisis y poner a prueba nuestra habilidad para operar con libertad en zonas comerciales críticas en tiempos de paz” (ibíd., p. 27).
- La segunda, y más importante, al disputar las ventajas geopolíticas estadounidenses, China y Rusia estarían “tratando de cambiar el orden internacional a su favor” (ibíd.).

Por tanto, para encarar un tipo de competición que no se manifiesta en los tradicionales términos binarios de guerra y paz, sino que se da en un continuo que afecta a todos los dominios al mismo tiempo, Estados Unidos debe aprender a competir con sus adversarios, desde el campo militar al económico, pasando por la diplomacia pública y las negociaciones multilaterales.

En la práctica, la deriva nacionalista del movimiento *America First* que aupó a Trump a la presidencia devolvió al excepcionalismo estadounidense a su vertiente más aislacionista y unilateralista. Nada de experimentos multilaterales, Estados Unidos debía defender sus intereses nacionales frente a las ventajas obtenidas por rivales y aliados en detrimento de los hogares norteamericanos. No importaba si se desataba una guerra comercial con China o con Europa, lo esencial era devolver a Estados Unidos a su esplendor perdido, pero no a través de su liderazgo internacional, sino de la recuperación de su desarrollo doméstico.

En definitiva, la nación estadounidense debía aprender a luchar en la arena internacional tal y como hacía más de un siglo había demandado T. Roosevelt con el primer proyecto internacionalista de la historia de Estados Unidos, pero a diferencia de las siguientes propuestas internacionalistas, sin la obligación de liderar ningún campo ni la intención de cambiar el mundo.

El atractivo e idoneidad del concepto de competición estratégica entre grandes potencias parece ser tan coherente con las actuales condiciones tanto del escenario internacional como del panorama interno estadounidense, que ni siquiera la derrota Republicana en las elecciones de 2020 ha podido desbancarlo como principal interpretación de la realidad (si el término competición aparecía 25 veces en la estrategia nacional de seguridad de 2017, en la de 2022 es mencionado en 44 ocasiones).

Así, la Administración Biden en su reciente Estrategia de Seguridad Nacional de 2022 (ESN22), recupera el término para unirlo a la necesidad de cooperar con otros actores para encarar las amenazas y desafíos globales, no en vano Joe Biden había sido Vicepresidente durante los dos mandatos de Obama. No en vano, como señala la estrategia, “estamos en medio de una competición estratégica para modelar el futuro del orden internacional. Entretanto, desafíos compartidos que impactan en la gente en todas partes demandan una creciente cooperación global” (ESN22, p. 2).

Ese énfasis en la cooperación tiene una segunda diferencia con la concepción nacionalista de D. Trump, tan crítico con los lazos que unían a Estados Unidos con sus aliados tradicionales. Para la Administración Biden, es imprescindible reforzar “la red de alianzas y asociaciones para confirmar y fortalecer los principios e instituciones que han permitido tanta estabilidad, prosperidad y crecimiento en los últimos 75 años” (ibíd.), bajo la convicción de que “estas asociaciones amplifican nuestra capacidad de responder a los desafíos comunes y asumir los asuntos que directamente impactan en la vida de millones de personas” (ibíd., p. 3).

Una cooperación que se hace imprescindible ya que el mayor peligro estriba en que “los autócratas están trabajando horas extra para debilitar la democracia y exportar un modelo de gobernanza marcado por la represión interna y la coerción externa” (ibíd.), y como respuesta “Estados Unidos continuará defendiendo la democracia alrededor del mundo, al mismo tiempo que trabajamos en casa para vivir a la altura de la idea de Estados Unidos consagrada en nuestros documentos fundadores” (ibíd.).

Es decir, aunque es cierto que se han limado los aspectos más unilaterales y aislacionistas de la anterior Administración, lo que denota la última Estrategia de Seguridad Nacional es que Estados Unidos ha renunciado por largo tiempo a su

revisionismo mesiánico, para cobijarse en una política exterior moderada basada en la defensa nacional en el plano interno y el fortalecimiento, que no expansión, de los principios democráticos en el exterior bajo el liderazgo estadounidense.

Como indica la ESN22, la cooperación transformativa que preconiza pivota sobre el principio de que “el núcleo de nuestra coalición inclusiva son aquellos socios que comparten más estrechamente nuestros intereses” (ibíd., p. 16), y sin olvidar alianzas tradicionales como la OTAN, anuncia que “continuaremos priorizando la búsqueda de nuevos modos de integrar nuestras alianzas en el Indo-Pacífico y Europa y desarrollar nuevos y más profundos medios de cooperación” (ibíd., p 17). Al respecto, es sintomático que la OTAN aparezca en el mismo párrafo que el AUKUS y el Quad, estos últimos, dos acuerdos mucho más recientes pero que sin duda representan mucho mejor que la tradicional Alianza Atlántica el tipo de compromisos flexibles y dinámicos a los que está dispuesto a llegar Estados Unidos en la actualidad.

De hecho, el triunfo que ha supuesto para Washington la aprobación del último concepto estratégico de la OTAN, pese a las reticencias europeas por considerar a China un rival estratégico y no únicamente un socio comercial como hasta ahora, se desliza en la ESN22 al afirmar que “queremos que nuestros aliados del Indo-Pacífico estén involucrados cooperativamente con nuestros aliados europeos a la hora de modelar el orden al que todos aspiramos, haciendo frente a Rusia y cooperando con la UE y el Reino Unido en nuestra competición con la República Popular China” (ibíd.), recalando que “esto no es un favor a Estados Unidos. (Sino que) Nuestros aliados reconocen que el colapso del orden internacional en una región acabará por perjudicar el orden en las demás” (ibíd.).

Pero ni siquiera esta versión edulcorada con cierto sesgo unilateral del activismo exterior estadounidense parece ser suficiente para quienes rechazan el excepcionalismo

intervencionista en el exterior. Así, tal y como ha puesto de relieve la invasión rusa de Ucrania, entre las familias Republicanas contrarias a la ayuda a Ucrania podemos encontrar a realistas, aislacionistas y los partidarios del América-primero (nacionalistas), liderados por el que puede ser su representante en la Cámara de Representantes Kevin McCarthy<sup>3</sup>.

Si en abril de 2022 habían sido 10 los Representantes Republicanos que habían votado en contra de la legislación que facilitaba el envío de material bélico a Ucrania, ocho meses más tarde, la cifra había ascendido a 57 en su rechazo a un nuevo paquete de ayuda. Los motivos aducidos por quienes se negaron a conceder más ayuda a Ucrania se basan en la denuncia del despilfarro del presupuesto federal en cuestiones externas, en detrimento de asuntos internos como las ayudas infantiles o el control de fronteras, lo que a sus ojos convierte a la política de la Administración Biden en la definición perfecta del *America Last*<sup>4</sup>.

Tampoco en el campo Demócrata el consenso es unánime respecto a Ucrania, a pesar de que el apoyo a la ayuda a Kiev es mayoritario entre la población estadounidense, sobre todo en el entre los Demócratas (con un 81% de apoyo, por un 66% Republicano)<sup>5</sup>. Así, en una carta enviada en agosto pasado, pero filtrada recientemente, el Caucus Progresista del Congreso pedía al Presidente Biden que negociara directamente con Rusia el fin de la guerra mediante un acuerdo que incluyera garantías de seguridad para ambas partes. La portavoz del Caucus, que reúne a una treintena de Representantes, Pramila Jayapal, se ha apresurado a matizar que su misiva nada tiene que ver con las

---

<sup>3</sup> <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2022/10/volodymyr-zelensky-ukraine-speech-churchill/671836/>

<sup>4</sup> <https://www.newsweek.com/full-list-57-house-republicans-voted-against-ukraine-aid-1705463>

<sup>5</sup> <https://www.reuters.com/world/europe/three-four-americans-say-us-should-support-ukraine-despite-russian-threats-2022-10-05/>

críticas del sector radical Republicano, y que su apoyo a Ucrania es total, aunque remarcando la necesidad de no olvidar el necesario componente diplomático en la resolución de la guerra<sup>6</sup>.

## Conclusiones

El debate en torno a Ucrania y su relación con los intereses nacionales pone de relevancia que, como indica Cohen, la política exterior de Estados Unidos necesita concordar valores con intereses, pues cuando convergen Estados Unidos es capaz de perseverar en sus decisiones y acciones, de lo contrario sus políticas fracasan “ninguna política estadounidense puede tener éxito a largo plazo sin abordar tanto nuestros intereses como nuestros valores. Cuando los dos coinciden, como lo hicieron durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, Estados Unidos puede mostrar una perseverancia notable. Cuando divergen o son débiles, como fue el caso de las intervenciones de Estados Unidos en Afganistán y Oriente Medio, las políticas colapsan”<sup>7</sup>.

En ese sentido, debemos tener claro que el excepcionalismo en Estados Unidos ya no alimenta quimeras internacionalistas de transformación mundial, sino que vuelve a servir como aglutinador identitario de un nacionalismo que se siente acosado por una globalización perjudicial para los intereses del estadounidense medio y por una inmigración que considera incontrolada y que pone en cuestión el dominio cultural anglosajón.

---

<sup>6</sup> <https://progressives.house.gov/press-releases?id=5E8128B9-75AC-4E00-8738-24D9951BB606>

<sup>7</sup> <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2022/10/volodymyr-zelensky-ukraine-speech-churchill/671836/>

Como hemos visto, su traducción en el plano externo significa el fin de la era mesiánica de la política exterior de Estados Unidos, poniendo así fin al papel de potencia revisionista que venía actuando durante casi un siglo, entre 1918 y 2008. Desde entonces, Estados Unidos comenzó su transición a potencia competitiva, tendencia iniciada con el giro hacia Asia de la Administración Obama, reafirmada con el unilateralismo nacionalista de la Administración Trump y confirmada totalmente por la última Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Biden.

Las consecuencias de semejante deriva competitiva para los aliados tradicionales de Estados Unidos, en especial los europeos, son evidentes, como hemos podido apreciar en el último decenio. Para empezar, con el giro hacia Asia de Obama el centro de atención geoestratégico de Estados Unidos se trasladó al Indo-Pacífico, dejando a Europa y Oriente Medio en un segundo plano; a continuación, el énfasis en la competición entre grandes potencias y el tinte nacionalista de la Administración Trump perjudicó al vínculo transatlántico bajo un enfoque puramente transaccional.

Tales cambios son de gran calado, y aunque en la actualidad la Administración Biden pretenda recuperar el multilateralismo de anteriores épocas, lo cierto es que la nueva condición de Estados Unidos, una gran potencia más entre otras grandes potencias, obliga a sus aliados a tomar parte activa de esa misma competición, de lo contrario, a Washington le resultará imposible continuar aportando la mayoría de recursos y vidas en la defensa común. Así pues, la nueva situación exige a los europeos a decidir qué tipo de trebejo quieren ser en el nuevo tablero mundial, contentarse con ser simples peones o aspirar a desempeñar un papel más activo y protagónico.

No puede ser de otro modo tras el fin de la *Pax Americana*, cuya acta de defunción la firmó la Administración Trump, y ahora ha sido confirmada por su sucesora en la presente Estrategia de Seguridad Nacional. En la práctica, admitir que vivimos bajo un



entorno internacional dominado por la competición estratégica entre grandes potencias implica reconocer que nos encontramos ya bajo un orden multipolar. Así pues, Estados Unidos ha pasado de querer cambiar el mundo a su imagen y semejanza a simplemente tratar de propiciar un entorno lo más favorable posible a sus intereses.

Como hemos visto, desde que Bush padre lanzara su idea de Nuevo Orden Mundial, cada nueva Administración ha supuesto una progresiva renuncia al liderazgo internacional, salvo los mandatos de Bush hijo que, como respuesta a los atentados terroristas del 11-S, trató de hacer una revisión integral del orden de Westaflia. Su fracaso dio un empujón definitivo a la voluntad de abdicar del papel de policía mundial, renuncia que la Administración Trump consumó con su enfoque nacionalista, en consonancia con la línea seguida por el resto de grandes potencias.

En la práctica, el fin de la *Pax Americana* significa para los países europeos que pasan de ser aliados preferentes de la primera potencia mundial, a encontrarse en medio de la competición entre grandes potencias sin ser una de ellas. En semejante escenario, el problema para los países europeos, en especial para los que integran la Unión Europea (UE), radica en que su actual modelo de dependencia ya no es sostenible:

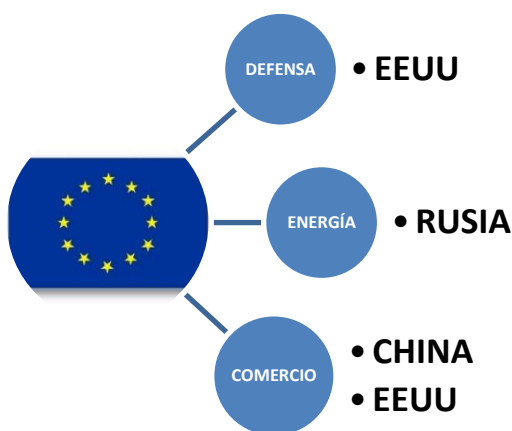


Imagen 2. La dependencia de la UE. Fuente: elaboración propia.

Por tanto, teniendo en cuenta el actual entorno internacional, el modelo hacia el que debería tender la UE debería ser el siguiente, mucho más sencillo de lograr en el aspecto comercial que en el de seguridad y energía:

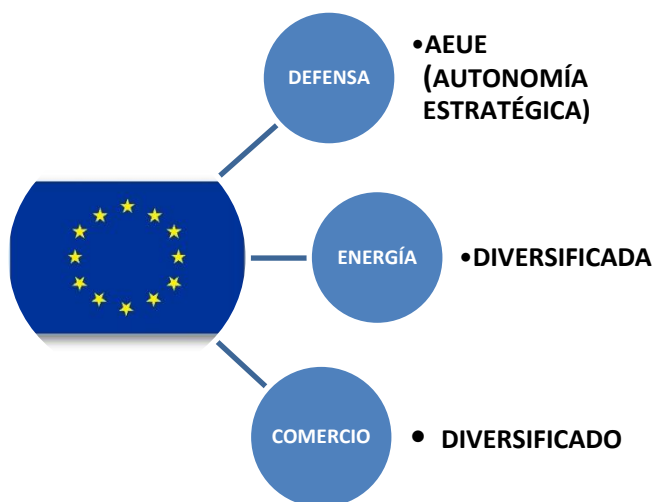


Imagen 3. La independencia de la UE. Fuente: elaboración propia.

Para un país como España, su pertenencia a la UE le obliga a basar su independencia en la acción comunitaria, sin olvidar que sus relaciones con Estados Unidos serán a partir de ahora más transaccionales que basadas en los principios y valores compartidos. Por tanto, se hace imperativo un papel más activo y relevante a nivel europeo en la defensa de nuestros intereses nacionales, a no ser que queramos dejar en otras manos la elaboración de nuestra política exterior.

Pues conviene tener presente que, bajo el nuevo entorno internacional y su convulso clima político interno, Estados Unidos mantendrá una actitud más unilateral toda vez que ha renunciado a su misión transformadora, pues en el difícil juego de contrapesos entre sus propias exigencias morales y los requerimientos inherentes a la pugna mundial

por el equilibrio de poder, es de esperar que en muchas ocasiones las primeras no puedan estar a la altura de los segundos.

---

**Pedro Francisco Ramos Josa**, investigador del Centro de Seguridad Internacional